

EL MOTÍN

Año XL

Madrid, Sábado 10 de Julio de 1920

Número 27

EL MOTÍN PERIÓDICO SEMANAL SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

PARA LOS OBREROS

VIII

La propiedad privada de la tierra es un robo á la colectividad

Si á Proudhon se le ocurre enunciar este postulado en lugar del suyo, habría adelantado la solución de los problemas sociales.

En el artículo anterior ofrecimos tratar en éste de la compra de la tierra, pero nos parece oportuno antes de comprar examinar detenidamente lo que compramos.

¿A QUE LLAMAMOS TIERRA?

Tierra es el elemento natural pasivo de la producción. Comprende todo el mundo externo accesible al hombre con todos sus poderes, cualidades y productos.

Es el sol que fructifica las plantas, las aguas que las riegan, los vientos que transportan las simientes. Tierra son las minas que oculta el suelo, la fuerza de los ríos antes de su captación.

Tierra es todo lo que el hombre no puede crear, ni hacer desaparecer.

Es el manantial inagotable con que la Naturaleza ha provisto de antemano á la subsistencia de todos los hombres.

Es el constante depósito de donde el hombre toma los materiales que necesita para crear lo que ha de consumir.

Es el lugar común á cuantos seres racionales existen.

Y finalmente es el sitio donde nacemos, crecemos, nos reproducimos y morimos.

Aceptemos la legislación vigente que concede, ratifica, sostiene y de-

fiende (si es preciso á tiros) el sagrado derecho de propiedad de la tierra.

Los que hayan viajado en el ferrocarril que va de Colón á Panamá han visto unos letreros que la libre Norteamérica ha colocado en todas las estaciones para clasificar á los viajeros según sean, yankis ó indígenas, y recordarán también unos grandes cartelones que dicen *Negros no*.

En esos cartelones está inspirada esta idea, pero vuelta por pasiva.

Supongamos que todos los propietarios de la tierra fuesen negros y amparados en nuestras leyes dijese: *En vuestras tierras no se permitirá que viva ningún blanco*.

¿Qué ocurriría?

Pues sencillamente lo que ocurre con la raza negra en los Estados Unidos: que desaparecería.

¿Cabe en algún cerebro, por mal organizado que esté, que puede darse á ningún hombre la facultad de impedir que otros hombres vivan sobre la tierra?

Los propietarios de la tierra pueden contribuir á la producción, pero únicamente de dos maneras, ó como trabajadores, si ellos mismos la cultivan y hacen mejoras, ó como capitalistas si facilitan los elementos de trabajo, nunca como propietarios.

Ser propietario no es más que un derecho á cobrar del trabajador y capitalista una parte de lo que uno y otros, juntos ó separados, producen.

Aquí tiene su origen el primer error de los socialistas que no distinguen entre la propiedad de las cosas producidas por el trabajo, como es el mismo capital, de las que la Naturaleza crea y sostiene. El hombre tiene perfecto y legítimo derecho á cuanto produce; de ahí la legitimidad del capital que un hombre económico y laborioso puede crear ampliando con talleres, máquinas, etc., ese capital en potencialidad productora.

¿ES LEGÍTIMO EL ORIGEN DE LA PROPIEDAD PRIVADA DE LA TIERRA?

Tampoco. En todas las primitivas reuniones de hombres, la tierra era común de todos. Hoy mismo en América, en África, en Asia, existe esa comunidad. Aquí mismo en España existen lo que llaman baldíos y bienes comunales en muchos municipios. También existe la costumbre de permitir

la entrada de ganados en los rastrojos de particulares.

Y fíjense en una observación. Los pueblos que tienen bastantes bienes comunales son los más prósperos.

La propiedad de la tierra ha nacido siempre de la guerra, de la conquista, del robo, es decir, de la brutalidad de aquellos guerreros que despojaban al vencido de sus tierras, de sus frutos, de sus mujeres y de su condición de hombres, esclavizándolos.

Los grandes generales regalaban todo esto á los nobles, *pero no libremente*. Las tierras regaladas tenían como censo la obligación del Señor de sostener y equipar tantos guerreros, ó tantas bestias, ó tales productos que se entregaban cuando el Rey se casaba ó tenía sucesión ó se casaba un príncipe, etcétera.

Es decir, que tiene la misma legitimidad que reconocen los timadores al portamonedas, la cartera ó el reloj que robaron.

Pues si no es legítima ni racional la propiedad de la tierra, ¿cómo perdura á través de los siglos?

Sencillamente, porque de sus productos se pagan las instituciones de embrutecimiento y exterminio. Las primeras operan en la inteligencia, las segundas en el cuerpo; y no dejando pensar ó fusilando á los que piensan, siguen su dominación los terratenientes, colocando entre ellos y el pueblo todos los intermediarios que robando productos no atacan al *sagrado derecho de propiedad de la tierra*, que es donde radican y tienen su origen todas las injusticias sociales.

JUAN PERÉZ

(Continuará.)

BARCELONESAS

CÓMO LAS GASTABA MAESTRE

Libres al fin los barceloneses del yugo funesto del llamado conde de Salvatierra, del que podemos decir lo que Tosca delante del cadáver de Scarpia: «Toda Roma temblaba delante de él.»

Barcelona no temblaba delante de Maestre, pero le odiaba y anhelaba su desaparición. Infatuado por sus éxitos sevillanos creyó que Barcelona era un Cuenca ó un Soria, y haciendo polvo lo poco bueno que había cimentado su antecesor Amado, se indispuso con patronos y con obreros, y se lanzó á presentar ruda batalla al sindicalismo debilitado, desangrado por un largo período de una lucha feroz, en la que agotó casi sus energías. Con las garantías suspendidas, con la previa censura, más abusiva y odiosa de que hay me-

moria en España, secundado por millares de guardias de todas clases, se lanzó desenfrenado a un sistema de represión de palo de ciego, y metiendo en la cárcel a todo el que le daba la gana, nos trajo una triste paz como aquella famosa de Varsovia.

¿Eran lícitos los sindicatos? Siempre se afirmó que sí; prueba de ello que todos ellos tienen sus reglamentos aprobados por los gobernadores, y están registrados oficialmente en el gobierno civil. Pues Maestre decretó que no, y para ir a la cárcel no hacía falta sino estar en un café, en un bar y llevar en el bolsillo el carnet de sindicato. Por tan nefando delito se llenaron las cárceles y los barcos hasta los topes, y para que terminaran estas prisiones tan arbitrarias é injustas, ha sido preciso que el odiado Scarpa fuera muerto oficialmente en forma y modo que es un vergonzoso vاپulo.

El sucesor de Maestre va poco a poco rectificando el daño causado por este funesto gobernante. Y para que se juzgue con el apasionamiento y ligereza con que procedía el impopular conde, baste decir que no se ha podido encontrar en el gobierno civil una nota, una lista, la más pequeña relación de los presos ni de las causas de su detención.

El actual gobernador ha dicho: «Con los datos que he encontrado aquí se podía afirmar que en Barcelona no había ningún preso gubernativo.»

¿Y un hombre que así procedió se considera caballero, cristiano y gobernante justo de una ciudad como Barcelona? ¿Y las lágrimas que ha hecho derramar y los hogares que ha deshecho, no tienen ninguna sanción? ¿Y este hombre duerme tranquilo y se cree poseedor de una conciencia?... ¡Ah! Existe una justicia inmanente, y tarde ó temprano se liquidan todos los atropellos. El Tiempo y la Historia lo confirman.

FRAY GERUNDIO

Carta y respuesta

El joven é ilustrado suscriptor a EL MOTIN, D. Juan Bautista Ibáñez Carles, contrajo el 1.º de Abril en Valencia matrimonio con la bella y distinguida joven Elia Aloy Fuster, y en su viaje de bodas visitaron al Cristo de Limpías, á la Virgen del Pilar y á mí. ¡Buen pároli!

Ahora me escribe desde Valencia diciéndome entre otras cosas:

«Envío á usted un folleto titulado *El Cristo de Limpías*, en que su autor, Jernaro G. Geijo, sargento de la Guardia civil de la Comandancia de Santander y puesto de Nueva Montaña, declara sinceramente no haber visto el «prodigio». Le pasaría lo que á mi esposa y á mí, que estuvimos más de una hora mirando con anteojos y por todos costados al Cristo, sin que se dignara hacernos un guiño ni contraer lo más mínimo la boca. Y el caso es que aquel día, que por ser domingo, había muchísima gente, podría haber producido gran efecto. Pero por lo visto él se reserva para cuando hay poca gente, y no todas las veces.

En el último número de EL MOTIN leo declaraciones de ese médico Armando Peñamaría Alvarez. Si usted se hallase en humor para replicar al galeno, puede manifestarle que yo, así como los miles de

personas (?) que en el día 20 de Junio estuvimos examinando el Cristo no vimos nada de particular. Por cierto que charlando con varios asistentes está a un joven matrimonio que habían ido varias veces sin conseguir ver nada y que habían perdido ya toda esperanza, á lo que replicó una señora cubana que iba acompañada de una hija suya, «que ellas, aunque habían estado ya muchas veces, no desmayaban de ver alguna el «prodigio» y estaban dispuestas á ir constantemente hasta conseguirlo.»

Lo más interesante que había en la iglesia (según el cura y el sacristán) eran las pesetas que los asistentes iban soltando en la bandeja que constantemente daba vueltas por toda la iglesia, deteniéndose en cada vuelta junto á la sacristía para vaciar la plata.

Según el galeno citado hay ya 15.000 videntes. Mucho han aumentado, por cierto, pues según el folleto que le mando, en su página 20 dice que eran unos 1.200; seguramente el médico, distraído, ha aumentado un cero; es natural: la emoción, la fe, la clientela...

No cerraré esta carta sin hacerle observar un caso chocante que observé en Zaragoza cuando el 14 de Junio estuvimos á visitar la iglesia de la Virgen del Pilar. Nos estaban mostrando las joyas que poseía, y al indicarnos la procedencia de casi todas ellas nos decían: «Por ésta han dado tantas pesetas»; por esta otra tantas», etcétera, etc., lo cual, en mi incredulidad de ímpio, me hace pensar que tal vez muchas de aquellas joyas no sean hoy más que una imitación y las verdaderas tengánlas ya en su poder aquellos que dedicarse á negociar con esos objetos.»

No estoy de humor, querido amigo Ibáñez, para comentar las tonterías del médico de Fonsagrada: no ha mejorado gran cosa el mal estado de salud en que me encontraba cuando su señora y usted vinieron á verme. Ya lo haré cuando esté bien del todo.

Gracias por el envío del folleto, que haré que me lean, por si hallo en él algún dato interesante.

A los pies de su esposa y á las órdenes de usted.

Ganga positiva

Un correligionario, y querido amigo nuestro, el conocido escritor Rodríguez-Solis, autor de las importantes obras «*Historia del partido Republicano*», «*Los guerrilleros de 1808*», «*La prostitución*» y otras varias, necesita tomar unas aguas minerales para mejorar su vebrantada salud, y no cuenta con medios para ello. Al objeto de poder reunirlos ofrece, en venta, á los suscriptores y corresponsales de EL MOTIN un ejemplar, preciosamente encuadernado, de la magnífica obra de Roque Barcia, «*Diccionario General Etimológico de la Lengua Castellana*», cinco tomos, en folio español, en la cantidad de cien pesetas en Madrid, y ciento diez ó quince fuera, por los portes; menos de la mitad del valor de tan colosal obra. Quien desee adquirirla puede dirigirse á nuestra Administrador.

Encargo á mis lectores que lean con detenimiento el siguiente artículo publicado en el periódico *Las Provincias*, de Valencia el 21 del mes último:

LA CARICATURA DE LA RELIGION

Estos días pasados, de fiestas encarrísticas, en que tantas y tan magníficas procesiones recorrieron las calles de la noble ciudad, gana Valencia el primer premio por su devoción al Santísimo Sacramento entre todas las poblaciones de España, que es como decir entre todas las ciudades del mundo.

Se conmueve el corazón al sentir el brío de la emoción popular; se llenan de lágrimas los ojos cuando ven la magnificencia de los cultos y la policromía esplendorosa de las procesiones. La patria de San Vicente Ferrer guarda en su corazón tanmáturgo: el amor á la Santísima Encarnación y el amor á la Santísima Virgen. Son los dos polos sobre que gira el eje de la piedad cristiana; amores complementarios que no pueden vivir separadamente, porque los dos se comunican savia, porque los dos se dan mutuamente la vida.

Pero á veces se presenta una caricatura del culto y de las prácticas verdaderas de piedad reclamando las mismas consideraciones y respetos que la religión. En estos temperamentos meridionales, impulsivos y fugaces en que predomina la intuición de la fantasía y algo de fatalismo en el corazón, pretenden con facilidad las zozobras de la superstición. Como si vestigios de la raza musulmana comparan el peso del alma valenciana, se advierte cierta inclinación á lo supersticioso, contra la cual debemos luchar sin descanso. Pondré varios ejemplos.

Hace ya tiempo, mucho, que algunas manos ocultas escriben y mandan por el correo interior una *oración á la cadena de San Pedro*, que no tiene nada de particular en el fondo, pero sí detalles supersticiosos en la forma, conminando con castigos al que no saque nueve ó quince copias al recibir el sobre, y las manda también bajo sobre, y sin firma, á otras tantas señoras y señoritas, que reciben esas cartas con estupefacción. Yo he roto la mar de ellas, y lo mismo habrán hecho mis dignos compañeros en el ministerio, porque se debe arrancar de raíz esa manía supersticiosa de condicionar aritmética é infaliblemente, y por medio de castigos, la plegaria. Contradice la esencia misma de la oración, y enturbia el concepto fundamentalísimo de la Providencia divina. Con que, ya lo saben las señoras que reciben cartas (á veces con una ortografía desastrosa) con oraciones llenas de números, promesas y amenazas. No se tomen ningún sofoco: se cegen esos papeles, se rompen y se queman, y así se va desterrando la gripe espiritual de la superstición.

Hay otra plaga que forman las sonámbulas y adivinatoras, las cuales se ofrecen al público valenciano con nombres extranjeros. Conozco varios casos, y ante los ojos tengo un prospecto de una tal Mme. Leroie, que se repartía profusamente por los alrededores de la estación del Norte hace aún muy pocos días. Pretenden los charlatanes explotar la credulidad del pueblo. Envuelven bajo nombres pomposos las huera fórmulas de su adivinación. Y aprovechando habilidosamente vagas coincidencias y tintes grisáceos en que se parecen todas las vidas humanas; interpretando capciosamente huellas de emoción que se transparentan en el rostro y en las palabras y en los gestos del consultante, entretejen las muy ladinas vaticinios sin mayores consecuencias, y extraen bonitamente las pesetas del bolsillo ajeno.

Todo es falso, ridículamente falso; to lo está absolutamente prohibido por la Iglesia. No vale decir que nada es contra la religión *ni la moral*, como advierten mefistofelicamente los prospectos; no vale adobar las palabras con frases de piedad y exclamaciones religiosas. Pero; ahí está la caricatura. El hecho mismo de ir, ya es contra la religión y contra la moral. La Iglesia tiene muy grande amor á

vuestra libertad, cuyos prestigios ha defendido tenazmente contra todos los fatalismos. Por eso fué siempre la enemiga declarada y constante de la superstición. Se engañan de medio á medio los que nos atribuyen espiritismo supersticioso, confundiendo las sombras con la luz. Nos llaman fanáticos los ignorantes: porque nosotros, contra lo que ellos se figuran, no creemos nada que no presente suficientes garantías para ser creído.

Ya sé que aun dentro de los que se llaman católicos existen supersticiosos que creen en el número trece y en el martes, y en la culebra y en las mariposas negras ó blancas, y en si es cae la sal y en si se derrama la tinta, y en poner la escoba y las sillas patas arriba, y en hacer un nudo cuando ven tres curas caminar juntos. A esto debe responderse que la mayoría de las veces se toman á broma esas acciones; otras por una influencia oculta del sistema nervioso, que comprendiendo que es una tontería, se ponen nerviosos y no lo pueden remediar, y finalmente si lo creen de veras, faltan contra la religión. Hay almas débiles, cobardes, forzadas á vivir en cuerpos enfermizos, minados por neurastenias más ó menos francas y prolongadas; estas almas son terreno abonado para la superstición. No les basta la lumbrera serena de la fe que baña nuestro corazón en el dulcísimo resplandor de la esperanza. No les bastan los inefables consuelos de una caridad ardiente y viva. Buscan lo raro; prefieren lo accidental; tiemblan ante la figura, les fascina el simbolismo, y no se conmueven ante la realidad palpitante y hermosa.

Cuando escribí el libro sobre los sucesos de Limpías, donde no niego nada fuera de lo que no pueda ni debe admitirse, se me pusieron de uñas algunos señores amigos declarados de *milagrerías*, no de milagros racionalmente probados. Bien vi que el Episcopado español, junto con ilustres personalidades eclesiásticas y civiles, aplaudían francamente mi orientación y mis palabras; bien vi que mi libro era el único documento serio que se admitía en centros y revistas extranjeras; pero me daba pena la nube de milagros, con ribetes de superstición, que irreflexivamente hablaban y escribían para meter ruido, sin propósito firme de buscar la verdad.

Cartas que recibía de Roma, con frases demasiado encomiásticas para mis conclusiones, me alarmaban un tanto. Porque nadie como Roma, y singularmente la Sagrada Congregación del Santo Oficio, para luchar contra la superstición, aunque se vista de santidad. Y no es que yo prejuzgue nada acerca de Limpías, no; porque, repito, que yo no niego, sino que *procura taminar* mucho los hechos y dar una explicación teológica y satisfactoria de los que resulten *verdaderos*. Lo que quiero es hacer consignar la enemistad que tiene la Iglesia Romana con la superstición. Una prueba clara la tenemos en la condenación pública por decreto de la Sagrada Congregación, aparecida en *Acta Apostolicæ Sedis* de los que se llamaron *Los hechos de Loublande*. Había en ellos visiones proféticas, locuciones del Corazón de Jesús; pintura de un cuadro, ante el cual acudieron estos años últimos grandes peregrinaciones; había profecías de la victoria de Francia contra Alemania; órdenes que se daban de parte de Dios á generales franceses y aun al mismo presidente de la república... En fin, la mar de hechos, comentarios con entusiasmos y originados en una joven muy virtuosa... Pues pasaron unos meses; el Soberano Pontífice pidió la causa para intervenir directamente... Y ahora aparece la condenación de todos los hechos. En España aún no se habló de esto; quizás lo de tallo y documento en el próximo número de *Rosas y Espinas* y de *La ciencia Tomista*. Así manifestaré cómo se rompe á los pies del Soberano Pontífice una nueva caricatura de nuestra santa religión.

FR. LUIS URBANO O. P.

¿Qué se deduce del artículo anterior?, que el que los firma, si no fuera fraile, se chancaría con el milagro del Cristo de Limpías muchísimo más que los que lo hacemos sin talento y la erudición teoló-

gica de que él hace magnífico y justificadolo alarde.

No hay peor cuña que la de la misma madera.

TIMO Y VENGANZA

No existe en todo el contorno cura de más influencia que el párroco de mi pueblo, hombre ya de edad proveya. Como es viejo, las beatas sin gran rubor le confiesan lo que á curas más noveles suelen callar por vergüenza. Ha visto tanto en el mundo, tiene ya tanta experiencia, que el buen *páter* no se asusta de las humanas flaquezas. Ante su confesonario suelen formar cola inmensa del lugar las penitentes y bastantes forasteras, y en cuanto acaba la misa le asaltan y le marean como bullicioso enjambre de alborotadas abejas. Todas á un tiempo pretenden que les limpie sus conciencias, obligándole á que elija cuál ha de ser la primera.

Pues bien; para ganar tiempo, una astuta feligresa con una enorme gallina penetró un día en la iglesia. Estaba oficiando el cura, y mostróle el ave aquella cuando al terminar sus rezos dió la bendición postrera. «¡Santo Dios!—dijo el sotana—¡qué ave para mi cazuella! La primera que confieso es la penitente esa.» Hizolo así y absolvióla, y le dió por penitencia que ante el altar de Santiago tres padrenuestros dijera. Mas viendo que se alejaba de allí la recién absuelta sin darle el animalito que destinaba á su cena, preguntóle:—«¿Y la gallina, apreciable feligresa?» —La traía solamente á que usted la bendijera.— Quedóse el padre de almas más blanco que una azucena, y se le ocurrió al instante una venganza tremenda. —Ve—dijo—á rezar al santo; pero has de tener en cuenta que el Santiago que te dije no es el que aquí se venera, es... Santiago de Galicia, que dista más de cien leguas.

Sección de milagros

«Cuando en el convento de San Pedro Mártir el Real de Toledo se fundó la cofradía de Nuestra Señora del Rosario, su biendo á la grandeza que ahora tiene, un caballero llamado don Gonzalo Buiza, natural de la ciudad de Granada, se portó con grande liberalidad, ayudando con gruesas limosnas á la fábrica y animando á que muchos se alistasen cofrades de Nuestra Señora; pero pagósele bien esta gran Reina día como hoy 30 de Agosto, año 1612. Estaba este buen caballero cerca de Granada en una casa de campo convalenciendo de una peligrosa enfermedad,

de que llegó muy al cabo. Había quedado con mucha flaqueza, de suerte, que no podía moverse sino arrimado á un báculo. Vistiéndose, pues, una mañana para dar algunos pasos y hacer un poco de ejercicio, cuando su debilitación se lo permitiera, yendo á tomar el báculo, súbitamente se hundió el suelo del aposento y cayó el caballero tres estados de alto, y sobre él todo el terraje y ladrillos de la casa. Traía su rosario al cuello, y considerando que se hundía y el manifiesto peligro de la muerte, invocó el favor de la Soberana Virgen, asiendo á las cuentas, diciéndole: «Válgame Nuestra Señora.» Al ruido acudió su mujer y criados con grandes clamores y llantos, pensando hallarle muerto y hecho pedazos, y entre tantos ladrillos, tierra y tablas, le hallaron salvo y libre sin que hubiese padecido daño alguno. Quedaron grandemente admirados alabando á Nuestro Señor y á su piadosísima Madre, que por la devoción de su santo rosario le había librado. La caída era tan alta, que cuando el caballero estuviera muy sano y robusto y no hubiera caído sobre él tanta piedra y ladrillo, bastaba á quitarle la vida. De todo esto se recibió información jurídica, en que depusieron cinco testigos, aprobándolo el vicario general del arzobispado de Toledo.»

Este ejemplo debería ser imitado por los mineros, los albañiles y cuantos se dedican á trabajar bajo tierra, á fin de tener la seguridad de salir ilesos si un día se les va encima una bóveda, un techo, un terraplén ó una galería.

Con colgarse al cuello el santo rosario é invocar á la Santísima Virgen en el momento de ocurrir la catástrofe, saldrán vivitos y coleando sin sentir otra molestia que la que les produciría el ala de un mosquito cayendo sobre su cabeza.

Pero no seguirán ese ejemplo, no. Los tiempos son de impedida y acaso se burlen algunos de mí por haberles dado tan salvador consejo.

Si así fuere, lo sufriré con la paciencia y la resignación que recomiendan los libros santos.

Prohibición justificada

«A las puertas de los templos de Cuenca se han fijado unos carteles, en los cuales se prohíbe la entrada á las señoras que lleven escotes y mangas cortas.»

Aplaudo la decisión. Si el cristianismo es recato recogimiento, humildad, desprecia á las pompas y vanidades mundanas, las católicas no deben ir al templo á exhibir escotes y pantalones.

Si los sacerdotes al decir misa no tuvieran que volverse en alguna ocasión al público, todavía pudiera transigirse en parte con esas debilidades femeninas; hay que perdonar hoy á las mujeres ciertas exageraciones en las modas, dando que los hombres vamos dando cada día menos muestras de serlo.

Pero fijémonos en esto, para com-

prender lo acertado de esa prohibición.

Hay presbíteros jóvenes, y muchos que ya no lo son lo parecen para determinadas empresas.

Y calcúlese el efecto que producirá en cualquiera de ellos al volverse á decir *dominus voviscum* el charsee de repente á la cara espeteras y panto-rrillas mal cubiertas por falta de tela en los vestidos. Involuntariamente, sin recrearse en la contemplación, horrorizándose quizá, el sacerdote más casto puede en aquel momento olvidarse de lo que trae entre manos y su imaginación lanzarse cual caballo desbocado por el sendero que conduce fatalmente al abismo del tercer pecado capital.

Y no digo nada si en vez de hallarse en el altar se encuentra en la cátedra del Espíritu Santo y desde aquella altura, á vista de pájaro (mejor estaría aquí á vista de cuervo) sus miradas descubriesen emisferios mal velados y contornos *patológicos* de primera. Podría aprovechar aquella ocasión el diablo para perderle inspirándole pensamientos pecaminosos ¡y allá va otro cura de cabeza al Infierno!

Nada, lo dicho: aplaudo esa prohibición.

Morir con suerte

Estando dedicado á sus prácticas religiosas el Padre jesuita García Ocaña dió una caída que le produjo tan graves heridas que le causaron la muerte. Ha sido enterrado en Densto.

Así da la Prensa la noticia y así la reproduce sin dejar de extrañarme la forma en que se relata el accidente y la ocasión en que ocurrió.

Si á mí me sucede un caso igual escribiendo un artículo de EL MOTIN, se atribuirá á castigo del Cielo por mi impiedad; tratándose de tan santo varón hay que volver la oración por pasiva: La Providencia eligió sin duda el momento aquel en que estaba en estado de gracia para anticiparle por medio de aquella desgracia la entrada en la Jerusalén celestial.

Aunque todos seamos iguales ante Dios, torzoso es confesar que á veces el diablo nos inspira á algunos la pecaminosa idea de que tiene sus privilegiados.

Apenas va diferencia entre aquel que muere en pecado mortal y el que se las guilla rezando. Y en ambos casos interviene la voluntad divina, según nos dice Nuestra Santa Madre Iglesia.

EL ENCANTO DE LA BIBLIOTECA

Nos referimos — ¡cómo no! — á la que bautizada con el remoque de Nacional, rige y custodia maese Rodríguez Marín, y antes rigió y regentó D. Marcelino Menéndez y Pelayo, ambos católicos herméticamente ortodoxos.

Así que asciende uno los escalones de la Biblioteca, se percata de cómo en aquella santa casa han de ser fieles cristianos hasta las carcomas que, llenas de unión, roerán denodadamente infolios heréticos é incunables relapsos...

Ya en el rellano, se encara con el visi-

tante, desde su pétreo pedestal, la efigie venerable y un tanto narigada de San Isidoro, padre de la Iglesia.

Pronto se halla el curioso lector ante un empleado, descortés y socarrón como portero de convento. Provisto de una papeleta y de una chapa, ha de adentrarse—quien quiera consultar cosa de más fuste que las obras de Salgari, la Geografía Postal y los tomos de *La Ilustración Española y Americana*—en un lóbrego pasillo, sobre cuyas paredes campea hasta medio centenar de oleografías de Papas y confesores. Y ha de detenerse ante la entrada de un departamento que ostenta un rótulo de marcado sabor eclesiástico: «Índice.» Y á fe que justifica el recinto la acepción clerical de su nombre. Es inútil demandar allí obras catalogadas en el otro Índice, en el romano. Vano empeño será solicitar para su lectura un volumen de Joaquín Costa, ó un tratado de Derecho Penal de Dorado Montero, ó una novela de Blasco Ibáñez. Libros nefandos, todos ellos, proscriptos muy justamente de tan religiosa mansión.

Cuando el parroquiano logra—¡para avis!—que le devuelvan, anotada y visada, su papeleta, habrá de encaminarse, cruzando de puntillas la sala de lectura, á la sección de entrega y devolución de libros. Trocada su chapa de metal por un cuadradito de celuloide, el aspirante a lector espera.

Van pasando los minutos y las horas. De raro en raro surge de una ventanilla una vocetita lacrimosa ó un autoritario berrido: «¡Cuatrocientos cuarenta y dos!» Los concurrentes, aglomerados ante la ventanilla, cuchichean entre sí. Hay presbíteros de todas las layas y cataduras: ventripotentes como los curas de EL MOTIN, ó seráficos como San Luis Gonzaga. Zascandilean, en derredor suyo, mancebos de pantalón corto, con trazas de congregantes y ancianos erjalbegados y teñidos, con aspecto de jóvenes mauristas. Dos ó tres dueñas enlutadas, que han tomado la Biblioteca por la iglesia de San Luis, dormitan sobre un banco. Como en San Luis.

Pasa otra hora. El visitante se impacienta gradualmente. Acaso olvidado de donde se halla, se acerca á una ventanilla y formula una comedida protesta. ¡Insólito atrevimiento que reprende duramente, con su voz de chante, el empleado requerido! Que es, á juzgar por la tonsura que decora su testa, un carónigo vestido de paño.

Quizás cuando el pretendido lector va á hacer uso de los vocablos gruesos, alguien, tocándole un brazo, reclama su atención:

—Pero hombre, por Dios—exclama el desconocido interpelante—. ¿Qué quería usted, estudiar? ¡Usted es un humorista, amigo! Aquí se viene á rezar la novena. ¡Vea usted!...

Y le señala con su diestra las manos sarmentosas de las beatas enlutadas, ocupadas en recoger las cuentas de un rosario enmohecido y descomunial...

UN LIBREPENSAADOR

Procesión de pueblo

Con cara de galopín, y de la calle á la luz saca elevada una cruz un monago chiquitín; un sacristán que en latín se le oye canturrear, le sigue, y precede á un par

de chicos estrafalarios que llevan dos incensarios y no cesan de incensar.

Sigue luego una pareja de fámulos con roquete; un cura con el bonete tirado sobre una oreja; la manga parroquial, vieja, enseñando el armazón; un cura gordo, un pendón, diez pobres dando traspies, un cura largo después... y acaba la procesión.

OLORREA

PARA LOS OBREROS

Las numerosas cartas recibidas, lo interesante del asunto y los fines que persigue su autor, casi me animan á imprimir un folleto, reuniendo en él todos los artículos publicados y los cinco que faltan.

Como el papel está caro, la impresión también y los tiempos no están para despilfarros, quisiera hacer la tirada de acuerdo con los pedidos para vender los ejemplares al coste y que se divulgue lo más posible.

El precio probable sería el de una peseta ejemplar.

Ruego á quienes lo deseen hagan cuanto antes el pedido por si el número de ejemplares me convenciese de que no iba á parodiarse al «Sastre del Campillo».

A los suscriptores y los correspondientes se les haría el descuento de costumbre, siendo de cuenta de los peticionarios el franqueo.

Lo mismo que á las sociedades obreras que pidieran de diez ejemplares en adelante

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES

PARA AYUDAR Á EL MOTIN

Eugenio Pérez, Faura, 2 pesetas. Jose Estornell. Cervera del Río Alhama, 1'76; Enrique Pintado, Placencia, 1'61; Gregorio Milla, Valdepeñas de Jaén, 5; Timoteo Pasalamar. Uldecona, 1'86.

Correspondencia

Administrativa

Barcelona.—Vicente Marsá. Renovada su suscripción y la de Vicente Borrás hasta fin Diciembre 1920.

Faura.—Eugenio Pérez. Id. á fin Diciembre 1920.

Vegadeo.—Daniel Vargas. Id. á fin Mayo 1921 y hecho el cambio.

Lugo.—Pablo Marrondo. Id. á fin Septiembre 1920.

Port Bou.—José Mont. Recibo su G ro de 18 pesetas á cuenta.

Cervera del Río Alhama.—José Estornell. Id de 8 y queda abonado el trimestre.

Placencia.—Enrique Pintado. Id. de 25 á cuenta.

Uldecona.—Timoteo Pasalamar. Id. de seis.

Portugalete.—José Gutiérrez. Id. de 10'50, conforme.

Figueras.—Martín Gratacós. II. de 16'95 á cuenta.

Imp. «Genérica», San Leonardo, 8.